

A. Cussen, *El milenio según Virgilio*, Santiago de Chile, Ediciones Tácitas, 2018, 3 vols. (495, 386 y 209 pp.).

Tras dos milenios de comentarios y estudios sobre Virgilio, cuando todo parece haber sido dicho en torno al poeta de Mantua, el profesor chileno Antonio Cussen, PhD en Literaturas Comparadas por la Universidad de California (Berkeley), nos ofrece un riguroso y extraordinario estudio que abre nuevas vías para penetrar y comprender el plan poético virgiliano. Se trata de un triple acorde ambicioso en que el autor aborda un tema tan vasto como singular: la cuestión del milenio, del *magnus annus*, en las *Bucólicas*, las *Geórgicas* y la *Eneida*. En rigor, su «Ensayo» –primer volumen de la entrega– se aboca especialmente a esta última, obra en que el autor advierte “un templo verbal” (I, p. 24) minuciosamente codificado en que Virgilio lleva a cabo su *plan maestro*, cuyos *aenigmata* Cussen pretende descifrar. La manera en que el autor se aboca a estos *topica* cobra la forma de una erudita indagación científica, firmemente fundada en el examen filológico, junto con una inspiración de origen personal. En efecto, en su “Prólogo” Cussen da cuenta de la naturaleza epifánica de sus hallazgos, los cuales se le presentaron repentinamente, casi en tono de manifestación. Luego, por más de treinta años, se abocó a poner a prueba, analizar, corregir y confirmar aquello que, hasta ese entonces, parecía subordinarse a la intuición. El resultado de ese largo y minucioso proceso de investigación es *El milenio según Virgilio*, escrito bajo la convicción de que “si vemos en el pasado algo que enciende nuestra curiosidad, y que pone en entredicho los nuevos valores, nuestra principal responsabilidad es investigar y perseguir apasionadamente esas nuevas áreas de peligro” (I, p. 31).

Estructuralmente, la obra se compone de tres volúmenes: el primero es el referido «Ensayo», un denso y estimulante estudio en que, a lo largo de casi quinientas páginas, Cussen da a conocer sus hipótesis, sus argumentos y sus conclusiones, junto con las experiencias que, desde mediados de la década del 80 del siglo pasado, el autor atravesó en su búsqueda del enigma virgiliano. El segundo volumen, «La *Eneida*», constituye una nueva edición integral del texto latino del poema, con la que Cussen intenta recuperar la que, a su entender, habría sido su arquitectura original. Para ello, el autor realiza una edición desprovista de signos de puntuación, incorporando una serie de versos tradicionalmente censurados o cuestionados por la crítica, señalando las diferencias entre su nueva edición y las precedentes, teniendo especialmente en consideración las dos ediciones del virgilianista italiano Mario Geymonat (1973 y 2008). El tercer y último volumen, «Notas para la reconstrucción de la *Eneida*», comprende una serie de notas sumamente instructivas en torno a las decisiones filológicas y hermenéuticas adoptadas para su edición del poema. Aquí, se justifican en detalle las decisiones tomadas en relación con “los hexámetros cuestionados de la tradición manuscrita e indirecta [...]; las variantes de palabras o grupos de palabras; y por último las letras: la ortografía de Virgilio” (I, p. 38).

La propuesta de Cussen es advertir que la obra virgiliana se erige mediante un entramado de códigos cifrados vinculados con el tópicos del *magnus annus*, tema al que el autor nos introduce en el primer capítulo, “Los libros fatales. ¿Cuánto tiempo dura una ciudad, un imperio, el cosmos?”. La cuestión del tiempo será crucial en su investigación, motivo por el que Cussen comienza introduciendo la visión que predominaba en el siglo I a. C. respecto de la duración de los años y los siglos, junto con las sucesivas modificaciones de las que este criterio fue objeto. En rigor, son diversas las tradiciones que se aglutinan en la comprensión del *saeculum* romano durante este periodo, por lo que Cussen compendia las distintas ideas milenaristas atribuidas a platónicos, epicúreos, estoicos, pitagóricos y etruscos. Según Cussen, esta convergencia de tradiciones constituye “un equipaje cultural que un joven romano no podía desconocer” (I, p. 58), fundamentalmente en el caso de Virgilio, tan cercano en su origen a las tradiciones etruscas y harto conocedor de las corrientes filosóficas y religiosas de su tiempo. Este primer capítulo, así, equipa al lector de elementos indispensables para comprender el horizonte intelectual, religioso e institucional que nutría las ideas milenaristas del primer siglo antes de nuestra era, oficiando de punto de apoyo para los capítulos subsiguientes que, mediante permanentes referencias a distintos pasajes de la obra virgiliana (todos ellos tomados de la edición de 2008 de Geymonat), pretenden develar los distintos enigmas y acertijos con lo que, según Cussen, Virgilio pobló su obra.

El desciframiento que Cussen lleva adelante se alza en distintos esquemas interpretativos, que el autor va explicitando a lo largo de su «Ensayo». Estos esquemas llevan distintos nombres, y todos ellos, si bien directamente relacionados con diferentes órdenes de sentido, se encuentran estrechamente vinculados entre sí. El primero de ellos es La Matriz, elemento al que se aboca el segundo capítulo del «Ensayo», y cuyo material de exégesis es el libro VI de la *Eneida*, aquel en que Virgilio compone el Desfile de las almas o Marcha de los héroes por los Campos Elíseos. Es en este capítulo, además, donde comienza a revelarse la posición ideológica del autor en torno al poeta. En efecto, un aspecto central en la indagación de Cussen, y que él mismo propone como interrogante medular de su investigación (¿qué pensaba Virgilio de Augusto?), da cuenta de que la naturaleza de la relación entre el poeta y el *princeps* es un aspecto clave para comprender la manera en la que Cussen lee la obra virgiliana. En este sentido, su posición se encuentra muy cercana a la Escuela de Harvard, para cuyos adherentes Virgilio, hacia el final de su vida, sintió cierto resentimiento hacia el emperador, lo que mitigaría en buena medida los panegíricos imperiales que, a primera vista, parecen poblar su obra. Así, el plan virgiliano no puede desligarse de los supuestos sentimientos que Virgilio habría sentido por Augusto y, a su vez, por otros miembros de la *cohors amicorum* del emperador, tales como Murena, Mecenas y, principalmente, Marcelo, yerno y sobrino del *princeps*.

Tras la exposición de La Matriz, esquema que Cussen compone a partir del discurso de Anquises en el referido libro VI de la *Eneida*, el autor advierte la importancia de Marcelo, el mencionado yerno y sobrino de Augusto. Una de las tesis centrales del libro, que aquí se adelanta, es que Virgilio concibe un periodo de mil años entre el paso de Eneas por Accio luego de su huida de Troya y la victoria de Octaviano-Augusto en la misma región contra las fuerzas de Cleopatra y Marco Antonio. Tras los 990 años que van desde Eneas en Accio y el consulado de Polión en el 41/40 a. C. (diez años anterior a la batalla de Accio), acontece una década de renovación-gestación cósmica que finalizará con la victoria de Augusto, dando lugar al nacimiento

del célebre siglo de oro, personificado en la figura de Marcelo, a quien Virgilio, según la lectura de Cussen, veía como el sucesor de Augusto que traería prosperidad y bienaventuranza a Roma. Con la muerte prematura de Marcelo, no obstante, todo cambió. En palabras de Cussen, “él debería haber venido inmediatamente después de Cesar Augusto [...] Pero el joven Marcelo había muerto durante el undécimo consulado de Augusto. Con su muerte, la regeneración milenaria de Roma –que se intuye en la sección cosmológica del Discurso de Anquises– se derrumba” (I, p. 97). Será precisamente la muerte del joven la que, según Cussen, ponga fin a los planes poéticos que Virgilio tenía en mente.

Otro de los esquemas interpretativos del autor es lo que denomina La trama de doble elenco, según la cual “la *Eneida* contiene la fundación de Roma bajo Eneas y, en clave alegórica, la repetición de este hecho con Octaviano-Augusto a la cabeza” (I, p. 128), fenómeno que Cussen califica como su segundo descubrimiento y que se desprende de sus conjeturas en torno a la referida Matriz. Sobre esta base, en el tercer capítulo, Cussen llevará adelante una pormenorizada explicitación de los elementos que permiten pensar en esta clave alegórica, planteando paralelismos entre personajes míticos de la epopeya y personajes históricos de la Roma contemporánea al poeta. Así, Eneas prefiguraría a Augusto; Iulo a Marcelo y Turno a Murena. Según nuestro parecer, la apuesta de mayor envergadura en este capítulo es aquella con la que Cussen da cuenta del paralelismo existente entre algunos de los libros de la *Eneida* y los consulados de Augusto. Así, existiría una relación directa entre el libro V y el Consulado V, el libro IX y el Consulado IX, etc. Por lo demás, la exposición que Cussen hace de la batalla de Accio en este capítulo es magnífica y quizá deba convertirse en un texto obligado para todo aquel que desee indagar en la naturaleza de esta célebre cruzada.

Luego de este riguroso examen, arribamos a uno de los capítulos centrales del estudio, donde Cussen manifiesta su interpretación de la IV *Bucólica* virgiliana, pieza que ha motivado infinidad de comentarios desde la Antigüedad. Según Cussen, pues, “la cuarta Bucólica es el bosquejo de una utopía milenarista que se impondrá en todo el cosmos bajo la égida de los césares [...] Es el Plan Maestro de Virgilio; es una maqueta del Gran Templo que es la *Eneida*. En una síntesis precisa y exacta, contiene la arquitectura de su epopeya” (I, p. 179). En efecto, la cuarta Bucólica sería, *in nuce*, aquello que luego de plasmará *in extenso* en la epopeya virgiliana. Todo ello bajo una precisa y significativa posición milenarista: a juicio de Cussen, el milenio según Virgilio “se compone de 9 saecula de 110 años, es decir, 990 años, más una última *aetas*, una ‘última edad’ o década transitoria entre un ciclo milenario y otro” (I, p. 181). Esta premisa, crucial para la exégesis llevada a cabo por Cussen, se asentará en un minucioso estudio de la cuarta *Bucólica* junto con los comentarios de autores como Servio, Servio Daniel y Varrón, así como de autores contemporáneos de la talla de Theodor Mommsen y Károly Kerényi. La cronología del milenio según Virgilio, entonces, aglutinaría diversas tradiciones, entre las que destaca la órfico-pitagórica, debido a lo cual Cussen manifiesta: “la *Eneida* está construida en base a estructuras numéricas en las que 9 y 10 –o cifras ligadas a estos números [...]– están íntimamente conectados, hasta el punto de que podemos decir que los primeros 990 años del milenio representan su inminente retorno, tras los 10 años de la última *aetas*” (I, p. 193). Este cuarto capítulo está poblado de extraordinarios hallazgos y constataciones. A lo largo del «Ensayo», uno tiene la sensación de ir descubriendo nuevas pistas de la mano de Cussen, que por momentos cobran la forma de sorprendentes revelaciones.

Quizá sea este el capítulo donde se encuentra la clave de todo el trabajo llevado adelante por el autor. Otra de las claves de este capítulo es la respuesta que Cussen da a la tradicional pregunta acerca de la identidad del *puer* mencionado por Virgilio en la cuarta *Bucólica*. Su respuesta se desprende en concordancia con lo tratado hasta aquí: ese *puer* es Marcelo.

Seguidamente, en el quinto capítulo, Cussen trabaja el aspecto de la centralidad matemática de la figura imperial en la obra virgiliana. Comienza haciéndolo en las *Geórgicas*, en donde ve que “el poeta rivaliza con el *princeps* en el proemio del tercer libro” (I, p. 235). Siguiendo a J. J. Jensen, Cussen explica la proporción numérica sobre la que se alzaría la arquitectura del poema, afirmando que estaría compuesto a modo de *templum*, del mismo modo que, tal y como fue demostrado por P. Maury, lo estarían también las *Bucólicas*. Sobre la base de estos antecedentes, según los cuales Virgilio, mediante una rigurosa arquitectura aritmética habría construido un templo verbal en cada una de sus primeras dos composiciones, Cussen se dirige a descifrar el *templum* de la *Eneida*. Para ello, lo crucial será tener presente la cantidad de hexámetros que componen la pieza, lo que lleva a Cussen a explicitar uno de los aspectos decisivos en la que será su edición latina de la *Eneida*, presentada en el segundo volumen de la entrega. En efecto, para su edición, Cussen recoge los 9861 versos de la tradición manuscrita considerados auténticos por la mayoría de los editores, 33 versos de la tradición indirecta cuya inclusión o exclusión es debatida, y 6 versos de la tradición manuscrita que la mayoría de los estudiosos considera de dudosa autoría o directamente espurios. De este modo, Cussen edita una versión del poema con 9900 versos, número que se condice con el plan milenarista que atravesaría toda la poesía virgiliana, cuya máxima expresión sería la propia *Eneida*. Naturalmente, los criterios de inclusión y exclusión de hexámetros (especialmente los relacionados con la tradición indirecta) están debidamente justificados por Cussen, en ocasiones basándose en el criterio de la crítica textual contemporánea; otras, dando crédito a la tradición antigua, especialmente a Suetonio y a Servio; y otras, finalmente, a partir de los hallazgos temáticos y arquitectónicos que Cussen advierte en el poema siguiendo el hilo conductor del *magnus annus* y del *templum*: “Con el descubrimiento, hace ya más de veinte años, del centro preciso de la *Eneida* se abrían ante mis ojos las dos naves del templo, cada una de 4950 versos, formando un templo de 9900 hexámetros” (I, p. 276).

Seguidamente, en el sexto capítulo, continuando con la línea exegética del *templum*, Cussen advierte la relevancia que el Zodíaco habría tenido en la composición de la *Eneida*. Tanto es así que llegará a afirmar que tanto las *Bucólicas*, poema que anticipa la *Eneida*, como esta última, “se articulan en torno a este eje de puertas formadas en el cielo cuando el Zodíaco cruza la Vía Láctea” (I, p. 305). Sobre la base de su edición de 9900 versos, Cussen advierte la existencia de dos templos verbales que se subordinan al Gran Templo referido en el capítulo anterior: “uno es el Templo del Sol, señalado por referencias a los signos del Zodíaco en el centro de los libros pares” (I, p. 318); el otro, el Templo de la Luna, que “tiene una forma que se desprende de aquellos versos de la *Eneida* que contienen la palabra *mille* y que son números primos” (id.). Así, la *Eneida* se constituye como un monumento verbal en que, por medio de una estricta arquitectura de naturaleza aritmética, Virgilio va superponiendo diversos niveles de profunda significación, estrechamente emparentados con su visión milenarista. Aquí se revalida la importancia de la matemática para el poeta, pues estas estructuras son advertidas por Cussen sobre la premisa de

que “los tres libros canónicos de Virgilio utilizan los números primos como mecanismo estructural” (id.).

En el séptimo capítulo, nos adentramos en el plan cosmológico de Virgilio, según el cual la *Eneida* constituiría un Poema Calendario, en el que cada letra del poema corresponde a un día del Gran Año. Cussen establece que la *Eneida* está compuesta por un número total de letras de 361600, número que se condice con la cantidad de días que componen los 990 años de los primeros nueve *saecula* del milenio virgiliano, siguiendo el número de días por año establecido en el calendario de Julio César, sobre el que Cussen discurre con especial dedicación. Singular es el tratamiento de esta cuestión a la luz de otro caso que trae a colación el autor: el poema calendario de Alejandría, atribuido a Eudoxo, dado a conocer por Brunet de Presle en 1850. Este tratamiento permite a Cussen establecer una posición que rivaliza con la tradicional. A diferencia de lo que se ha creído siempre, que la *Eneida* es un poema inconcluso que Virgilio quiso desechar antes de morir, Cussen entiende que se trata de un poema “perfectamente terminado” (I, p. 352). Y no solo eso, sino que además toda la arquitectura sobre la que se alza la *Eneida* sería un plan mediante el cual Virgilio planeaba asegurar la pervivencia de su poema más allá de toda modificación de la que podría llegar a ser objeto. Con la clave que descifra el enigma, uno puede acceder a los códigos que reconstruyen la versión original del poema. Esta es, al menos, la apuesta de Cussen. Para el autor, así, Virgilio tenía muy presente la convicción de conservar su poema a sabiendas de las intervenciones de las que podía llegar a ser objeto en el futuro.

El ensayo de Cussen continúa con tres capítulos más en los que se cierran aquellos frentes interpretativos que aún quedan abiertos. El primero de ellos trata sobre la figura de Camilla, a la que Cussen refiere ya en el capítulo dedicado a lo que denomina La trama de doble elenco, donde este personaje representa en la *Eneida* la figura de Marcelo, en lugar de Iulo, cuya desaparición paulatina del poema se debe a la desaparición del propio Marcelo, que Virgilio no podía representar con la muerte del hijo de Eneas ya que de su pervivencia dependían los destinos de la *gens* romana. El paralelismo entre historia y leyenda tenía sus limitaciones. La muerte de Marcelo, prefigurado por Iulo, no podía representarse con la muerte de este, pues supondría, a su vez, la muerte de la *gens* romana. Es en su lugar que, según Cussen, aparece Camilla. En este capítulo octavo, el autor se adentra minuciosamente en la cuestión. El penúltimo capítulo está dedicado a la figura de Júpiter, que le permite a Cussen establecer nuevas precisiones respecto de la fecha en la que habría caído Troya y, consecuentemente, los períodos que determinan la duración del milenio según Virgilio, sobre la base de la profecía que el dios pronuncia en el libro primero de la *Eneida*. En este discurso, se plantearía la existencia de un milenio que va desde la caída de Troya —aquí en el año 1083 a. C.— hasta la destrucción del Templo de Júpiter Óptimo Máximo, en el 83 a. C. Según este cálculo, el milenio según Júpiter daría cuenta de que “el dios supremo de Virgilio y Augusto ya no es Júpiter [...] El dios que rige el cosmos y el destino de Roma es Apolo, el sol. Bajo su égida comenzará a marchar el nuevo orden de los siglos” (I, p. 400).

El último capítulo, “Todo tiempo tiene su final”, recapitula los núcleos argumentales de todo el «Ensayo», y se aboca a tratar un asunto central: la muerte de Marcelo y sus efectos en la corte de Augusto. Para ello, el autor se sirve de los testimonios de Dion, Tácito y Propertio, como clave de lectura de la obra virgiliana para comprender la relevancia de la figura del joven Marcelo en el plan poético virgiliano. Así sintetiza Cussen sus hallazgos:

“Virgilio concibió la Eneida como una *summa* del primer milenio de la historia romana, que comenzaba tras la destrucción de Troya, cuando Eneas pasa una temporada en Accio [...] Era también un nuevo credo que integraba la tradición sibilina, el fatalismo estoico, la concepción de la divinidad de los epicúreos, el saber platónico y, sobre todo, las enseñanzas de Pitágoras: la transmigración de las almas, el movimiento cíclico del universo y el carácter divino de los números” (I, p. 444).

Cualquiera sea la opinión que esta obra pueda generar en futuros lectores, se trata de la labor de toda una vida que no puede pasar desapercibida a los estudiosos de la obra del poeta de Mantua. Probablemente, el trabajo de Cussen se trate del aporte más original, erudito y apasionante de las últimas décadas en torno a Virgilio. Al recorrer sus páginas, uno siente aquello de Dido: *agnosco veteris vestigia flammae*.

Bruno D. Alfonzo